

# Prípiat o el Sol: en diàlego con la propuesta ecosocialista de Joaquim Sempere

Ernest Garcia  
ernest.garcia@uv.es



Joaquim Sempere, *Las cenizas de Prometeo: Transición energética y socialismo*, Barcelona, Pasado & Presente, 2018

Joaquim Sempere, el sociólogo y filósofo catalán, ha escrito un nuevo libro. En él somete a debate una reflexión madura, cuidadosa y bien documentada sobre algunos de los dilemas más apremiantes de la humanidad contemporánea. En los argumentos expuestos resuenan décadas de la experiencia del autor, de su compromiso con la justicia social, de su familiaridad con el pensamiento marxista y de sus investigaciones sobre diversos aspectos de la sociología ecológica o medioambiental. Se trata de un texto relativamente breve, de unas doscientas páginas, que muestra una perceptible voluntad de dirigirse a un público amplio y que no oculta su carácter programático, de guía para la acción. Esos rasgos, unidos a un lenguaje que facilita la lectura, generan una apariencia de sencillez que, a mi parecer, es bastante engañosa: casi cada frase contiene los posos de largos y complejos debates teóricos y políticos, a veces explícitamente y muchas otras de manera implícita.<sup>1</sup>

1. Joaquim SEMPERE: *Las cenizas de Prometeo: Transición energética y socialismo*, Barcelona, Pasado & Presente, 2018.

## YA SE HAN TRASPASADO LOS LÍMITES DEL CRECIMIENTO

Los razonamientos de Sempere toman como punto de partida una afirmación sobre la situación del mundo: «Durante tres siglos hemos alimentado el fuego de Prometeo con una abundancia de combustible que nos parecía inacabable. El agotamiento de las fuentes fósiles de energía va a dejar pronto un rescoldo de cenizas donde ardió el fuego prometeico».<sup>2</sup> Debido a la sobrecarga de los sistemas naturales, la fase expansiva de la civilización industrial está llegando a su fin. Y eso ocurre –afirma– cuando la desmesura, el afán de lucro y la ambición de poder han crecido cancerosamente.

Desde su mismo título, el libro indica que el mencionado punto de partida afecta a todas las variantes del industrialismo, capitalistas o socialistas. Pues la invocación del titán que robó la técnica a los dioses para dársela a los humanos ha sido compartida por todas ellas. La ciudad de Píriat fue fundada



El fuego de Prometeo. Estatua que se instaló en la ciudad de Píriat, abandonada tras el accidente nuclear de Chernóbil. Fuente: Pripyat.com.

en 1970 para dar vivienda a los trabajadores de las instalaciones nucleares de Chernóbil y fue abandonada a causa del accidente. En su centro, en las inmediaciones de una sala de espectáculos llamada precisamente cine Prometeo, se alzaba una estatua del desventurado semidiós con la antorcha, símbolo de la energía que había de impulsar a los humanos hasta el radiante porvenir comunista. Y también en Nueva York, en el corazón del capitalismo, en el Rockefeller Center, hay una estatua dorada del mítico portador del fuego.

La reflexión de Sempere, así, se inicia constatando una situación que, a su juicio, hace inviable la reproducción ampliada de cualquiera de los dos sistemas. La causa del doble final es la crisis ecológica, tan

2. *Ibid.*, p. 12.

dramáticamente representada por la explosión en la central ucraniana. Desde las primeras páginas se sitúa en primer plano algo que, en el fondo, de forma más o menos oscura, todo el mundo sabe ya: no parece casual que, en 2019, en los folletos turísticos que ofrecen excursiones por la zona del accidente, se invite a visitar la central destruida para conocer lo que pasó «la cálida noche de abril que cambió completamente la historia del mundo». En los años treinta del siglo pasado, Bernard Charbonneau había intuido algo de todo esto y lo había expresado así: «Allí donde hoy piensan lo mismo un cruz-de-fuego y un comunista, allí está el mal».<sup>3</sup>



Estatua de Prometeo, portador del fuego. Rockefeller Center, Nueva York.

A partir del planteamiento inicial, el argumento de Sempere se despliega en tres pasos. El primero de ellos insiste en que resulta necesaria una transformación cultural capaz de adaptarse a un horizonte de no-crecimiento económico y de moderación en el consumo: «La ilusión de que se puede mantener la abundancia e incluso incrementarla para todo el mundo es hoy un obstáculo cultural gigantesco».<sup>4</sup> El segundo desarrolla la idea de que el capitalismo es inherentemente incompatible con ese horizonte no expansivo y que, en cambio, alguna forma de socialismo sí sería adecuada a este (aunque se trataría de un socialismo bastante distinto de los que hasta hoy han existido). Finalmente, mantiene que una transición a las energías renovables podría crear la base material de esa nueva forma igualitaria de la organización social. Ofrecemos a continuación algunos detalles de todo ello y algunos comentarios.

3. B. CHARBONNEAU: «Le progrès contre l'homme». En B. CHARBONNEAU y J. ELLUL: *Nous sommes des révolutionnaires malgré nous: Textes pionniers de l'écologie politique*, París, Seuil, 2014, p. 85.

4. SEMPERE, *op. cit.*, p. 191.

## SE IMPONE UNA CULTURA DE LA MODERACIÓN

Los datos sobre la crisis ecológica muestran que los límites del planeta ya han sido rebasados y que el sistema social ha entrado en la zona de insostenibilidad ambiental, lo que convierte en ineludible una perspectiva de decrecimiento (con este nombre o con otro, pues Quim Sempere no se cuenta entre quienes utilizan la palabra *decrecimiento* como estandarte): «La escasez de energía que inevitablemente se nos impondrá –incluso con una transición energética a renovables, que no podrá proporcionar las ingentes cantidades de energía que hoy consumimos pero puede permitirnos vivir decentemente– obligará a reducciones de nuestros consumos...».<sup>5</sup> Efectivamente: si se consideran los condicionamientos derivados de la combinación de la intensificación artificial del efecto invernadero con el agotamiento de los depósitos más grandes, concentrados y accesibles de combustibles fósiles, con el ritmo de extinción de especies animales y vegetales, la alteración del ciclo del nitrógeno, la extrema tensión en la relación entre población y producción de alimentos y la acumulación de residuos de todo tipo, la tesis de que la civilización industrial ha entrado en un estado de translimitación, pidiendo al planeta más de lo que este puede dar, es difícilmente eludible. Puede discutirse, claro, como toda hipótesis empírica, pero nadie la ha refutado todavía. La regla práctica que Sempere conecta con esta percepción del estado del mundo explora un principio de «vivir bien con menos», como ya se apuntaba en sus libros anteriores. En sus propias palabras: «La única alternativa que soy capaz de imaginar [...] es un proceso, más o menos preventivo y programado, de transición múltiple y acelerada –energética, agroalimentaria, industrial, en el transporte y en las mentalidades– a un modelo social de sostenibilidad ecológica, con una cultura de la frugalidad o suficiencia».<sup>6</sup>

A mi entender, el paso siguiente del argumento desarrollado en el libro podría sintetizarse así: como la prolongación de la era del crecimiento ya no es posible, entonces la continuidad del capitalismo se torna inviable, lo que abre una perspectiva de crisis en la que solo la difusión de una cultura de la autocontención podría evitar la descomposición social y la decadencia de la civilización bajo formas políticas autoritarias, más o menos «ecofascistas». A lo que el autor añade que esa cultura de la moderación (o frugalidad o suficiencia o austeridad o como se quiera decir) encontraría su soporte político e institucional en alguna forma de programa de igualdad social, para el que sigue utilizando la palabra *socialismo*. Los tres núcleos de este paso del argumento apuntan a varias de las aportaciones más interesantes –y debatibles– del libro.

5. *Ibid.*, p. 73.

6. *Ibid.*, pp. 66-67. Las líneas de un eventual cambio cultural en el sentido de la moderación están desarrolladas en otro libro del autor (J. SEMPERE: *Mejor con menos: Necesidades, explosión consumista y crisis ecológica*, Barcelona, Crítica, 2009) en el cual reelaboró y cimentó más en profundidad las tesis que ya había presentado en *L'explosió de les necessitats*, Barcelona, Edicions 62, 1992.

## EL CAPITALISMO DEJA DE SER VIABLE; PERO ALGUNA FORMA DE SOCIALISMO, DISTINTA A LAS QUE HASTA HOY HAN EXISTIDO, PODRÍA EVITAR QUE ESO COMPORTARA UNA CATÁSTROFE

Al igual que muchos otros ecosocialistas, Sempere considera que el capitalismo exige una continua acumulación del capital y que, por tanto, no puede existir sin crecimiento económico. Con sus propias palabras: «Hay otra razón para pensar que el socialismo –alguna forma de socialismo, con rasgos específicos nuevos– tiene futuro: la crisis ecológica, y la escasez de recursos que anuncia, harán imposible el crecimiento económico. [...] El capitalismo no puede sobrevivir en el marco –inevitable– de una economía estacionaria o sin crecimiento, y deberá dejar paso a otro modelo socioeconómico».<sup>7</sup> Ese otro modelo supondrá «reorganizar la vida social sobre bases democráticas e igualitarias, mediante fórmulas ecosocialistas».<sup>8</sup>

La tesis es verosímil, aunque, en mi opinión, dista de ser evidente. Proyecta hacia el futuro una constatación histórica: que el despliegue del capitalismo ha coincidido con la fase expansiva de la civilización industrial (igual que el despliegue del socialismo, por cierto). Sin embargo, el hecho de que hasta ahora el capitalismo haya existido bajo condiciones de «planeta vacío» no implica necesariamente que no pueda existir, por supuesto que, en forma modificada, en otras condiciones, en condiciones de «planeta lleno». La tesis de la imposibilidad de cualquier forma de capitalismo fuera de un contexto de crecimiento debería demostrarse y no simplemente darse por supuesta.

Sería conveniente, en ese sentido, una revisión crítica de las razones por las que los principales teóricos de la economía de estado estacionario no la han considerado incompatible con el mercado. Daly, por ejemplo, ha mantenido que la cuestión no es suprimir el mercado sino imponerle límites ecológicos desde fuera, igual que resulta necesario imponerle desde fuera límites sociales relativos a la desigualdad y a la exclusión social.<sup>9</sup> Y, remontándose a mucho antes, algo parecido podría decirse a propósito de John Stuart Mill, el referente clásico de las propuestas de una economía industrial más allá del crecimiento.<sup>10</sup> De hecho, en la historia de las ideas, las propuestas de una economía de crecimiento cero no han venido principalmente del lado socialista (pese a que pueda mantenerse con sentido, como lo hace Sempere, que sería «más lógico» que fuese así). Es cierto, por otra parte, que el libro es muy poco doctrinario en estas cosas, apuntándose en alguna ocasión –por ejemplo– que cualquier regulación estatal o pública de la economía puede considerarse como una forma de socialismo.

7. SEMPERE, *Las cenizas...*, op.cit., pp. 17-18.

8. *Ibid.*, p. 109.

9. H. E. DALY: *Beyond growth: The economics of sustainable development*, Boston, Beacon Press, 1996, p. 32.

10. Véanse las pp. 746-752 de J. S. MILL: *Principles of political economy, with some of their applications to social philosophy*, Londres, Longmans, Green and Co., new edition 1909.

A fin de cuentas, tanto el capitalismo como el socialismo han sido sistemas propios de la fase expansiva de la civilización industrial, en la que movilizar más recursos exigía solo más tecnología y más trabajo y la relativa escasez de una o de otro era el factor limitante. Las coordenadas cambian al entrar en la fase descendente, cuando la escasez de recursos deviene el factor limitante. Y, al menos en principio, habría que admitir que también para la fase descendente puede haber más de un modelo, más de una propuesta. Y quizás incluso, para no dar pie a confusiones, sería conveniente introducir palabras completamente nuevas. Tengo la impresión de que en este punto el argumento de Sempere descansa en un modelo implícito que vendría a ser algo así como esto: el socialismo no se ha impuesto hasta ahora al capitalismo porque este ha resultado superior en la fase expansiva; pero en la fase del decrecimiento ocurrirá exactamente lo contrario. La idea es interesante, pero, a mi juicio, requiere mucha más elaboración que la que ha tenido hasta ahora. Porque, como pasa siempre en la historia, es de esperar que las trayectorias de la cuesta abajo sean diversas, inciertas e impuras. La disyuntiva socialismo o colapso ecológico es una versión actualizada del eslogan «socialismo o barbarie», con una fuerza dramática y una adecuación a la realidad parecidas. Yo diría que Quim Sempere es consciente de todo esto, pues en varios momentos del libro traza perspectivas abiertas, con grados distintos de intervención del Estado, etc.: su ecosocialismo es en realidad bastante flexible.

## EL IGUALITARISMO ECOLÓGICO-SOCIAL PODRÍA INSPIRARSE EN EL MARXISMO

También merece un examen detenido otra de las líneas de la argumentación de Sempere, la que apunta a que el igualitarismo ecológico podría pensarse con las categorías propias de la tradición marxista. El obstáculo principal para hacerlo así es que hay una orientación productivista muy fuerte en el marxismo clásico y que, en consecuencia, la idea de un ecomarxismo (esto es, de un marxismo liberado del productivismo) es harto problemática. En el libro se invoca al respecto la breve sección sobre la gran industria y la agricultura en el volumen I de *El capital*, la que afirma en su frase final que «la producción capitalista no desarrolla la técnica y la combinación del proceso social de producción más que minando al mismo tiempo las fuentes de las que mana toda riqueza: la tierra y el trabajador».<sup>11</sup>

Es interesante comparar los dos precedentes que se citan en el libro en apoyo de esa línea de análisis, que son las lecturas del mencionado pasaje de *El Capital* hechas por Sacristán y Foster. Sacristán, con una prudencia derivada de su conocimiento profundo del marxismo y de su elaborada crítica de las ambigüedades de

11. Karl MARX: *El capital*. Libro primero, volumen 2, Barcelona, Grijalbo, 1976, p. 142.

la dialéctica, mantuvo que había en Marx «algunos atisbos ecológico-políticos»,<sup>12</sup> apenas algo más que barruntos. Foster, en su pretensión de ir mucho más allá, ha creído encontrar fundamento no solo para un Marx ecologista sino para mantener que Marx ya había desarrollado el verdadero ecologismo, libre de cualquier contaminación malthusiana.<sup>13</sup>

En mi opinión la lectura de Sacristán es bastante exacta mientras que la de Foster, en el mejor de los casos, es muy exagerada. Es cierto que, si observamos la situación de la agricultura, Marx constató que la ciudad capitalista interrumpe el retorno de nutrientes a la tierra y sostuvo que esto constituye un problema que solo podría solucionarse mediante una correcta aplicación de la ciencia agronómica en un contexto de relaciones económicas no capitalistas. No me parece que tirar de este hilo pueda llevar demasiado lejos, pero en todo caso el punto de llegada sería algo así como la convicción de que la escasez ecológica puede ser superada y dejada atrás mediante una adecuada combinación de Liebig y el comunismo. Y la fe en que las restricciones impuestas por la naturaleza pueden superarse mediante una dosificación adecuada de tecnociencia y reorganización económico-social es, si acaso, fe productivista.

Por otro lado, me parece plausible mantener que la visión de Sacristán, mucho más equilibrada, se explica en parte por la densidad de su sustrato intelectual. El libro de Foster tiene algunos pasajes de interés, pero en más de un momento parece reinventar –supongo que de manera inconsciente– los puntos más desafortunados del materialismo dialéctico. Dicho de otro modo: si se trata de examinar críticamente la dialéctica materialista, es preferible acudir a Havemann, al mismo Sacristán, o en algunos aspectos incluso a Farrington, que a los presuntamente nuevos y algo apresurados ecomarxismos que vienen circulando con profusión. Me parece que el libro de Sempere, sólidamente instalado en la rica y compleja tradición intelectual del marxismo europeo, gana poco invocando la presunta autoridad de esas propuestas más à la page. Y todavía menos si se tiene en cuenta que en realidad, en lo que respecta a la sustancia de los argumentos expuestos allí, no se acerca a esos referentes sino más bien al contrario. La cuestión es que el ecologismo que podría atribuirse a Marx a partir de sus barruntos sobre el tema sería, en todo caso, del tipo de ecologismo que cree que el desarrollo puede ser sostenible. Y, por tanto, difícilmente podría aducirse como apoyo teórico de la perspectiva más bien decrecentista que se expresa en el libro.

En resumen: estoy bastante de acuerdo con la que, si lo he entendido bien, es la tesis fundamental de Sempere: en condiciones de escasez, en el contexto de la cuesta abajo, las propuestas socialmente igualitarias tienden a ser particularmente adecuadas, siempre que se actúe antes de que la sobrecarga del planeta haya

12. Manuel SACRISTÁN: «Algunos atisbos político-ecológicos de Marx», *Mientras Tanto*, n.º 21, 1984, pp. 39-49.

13. J. B. FOSTER: *Marx's ecology: Materialism and nature*, Nueva York, Monthly Review Press, 2000.



llegado a ser radicalmente ingestionable. No tengo tan claro que esas propuestas puedan elaborarse como prolongaciones de la tradición socialista en general y del socialismo marxista en particular. Puede ser que, simplemente, las ideas de la fase ascendente dejen de servir para la fase descendente. Creo que hay mucho que discutir por ahí, sin dar nada por supuesto. Tal vez convenga abordar con bastante prudencia la identificación entre igualitarismo, socialismo y marxismo, a fin de no generar confusiones innecesarias; pero, en todo caso, el posicionamiento de Sempere al respecto abre la puerta a debates de sumo interés.

## LA TRANSICIÓN A ENERGÍAS RENOVABLES ES LA BASE MATERIAL DEL CAMBIO

Llegamos así al tercer núcleo de la argumentación de Sempere: la base material de la perspectiva ecosocialista se halla en la transición energética, concretamente en la transición a energías renovables: «...la escasez de energía es un reto que puede desencallar la parálisis y empujarnos a reaccionar. Solo con la transición energética, como primer paso de una serie de transformaciones metabólicas, podrá evitarse el colapso, a condición de que esté culminada, o muy avanzada, cuando la escasez de petróleo y otras fuentes fósiles empiece a dejarse sentir sin remedio. Por eso, la transición energética a fuentes renovables se nos presenta como una ocasión privilegiada para acumular fuerzas y dar un vuelco político al callejón sin aparente salida en que estamos».<sup>14</sup>

El argumento remite a referencias textuales de la tradición marxista también en este punto. Concretamente, a algunas frases de Marx sobre el metabolismo social de los recursos suministrados por la naturaleza y la regulación consciente de este en el socialismo. Esos pasajes forman parte de la exposición de la antropología del trabajo que caracteriza al marxismo clásico y fuera de ese contexto no son mucho más que metáforas, como puede verse claramente en las formulaciones más sistemáticas del tema: instructivo al respecto es, por ejemplo, el capítulo sobre el intercambio sociedad-naturaleza en el manual de sociología de Bujarin.<sup>15</sup> De estas referencias, Sempere obtiene un lenguaje, una terminología, para formular su punto de vista, que se apoya fundamentalmente en algunas investigaciones actuales, especialmente en algunas investigaciones acerca de si una alternativa de cien por cien renovables podría o no mantener la sociedad civilizada e igualitaria que imagina. Se muestra bastante optimista al respecto, aunque, desde luego, no iluso: «El tránsito a las energías renovables se acepta cada vez más como un destino inevitable y deseable. Pero se suele imaginar como una substitución de

14. SEMPERE, *Las cenizas...*, op. cit, p. 16.

15. N. BOUKHARINE: *La théorie du matérialisme historique: Manuel populaire de sociologie marxiste*, París, Anthropos, 1971, pp. 105-132.



unas energías primarias por otras en cantidades equiparables, que ofrecerían los mismos servicios que la actual tecnosfera. Mucha gente se tranquiliza pensando: “bueno, viviremos con instalaciones eólicas y fotovoltaicas, con baterías e hidrógeno, y con estos nuevos medios podremos seguir viviendo como hasta ahora”. Nada más inverosímil». <sup>16</sup>

La esperanza en una transición energética «cien por cien renovables» se fundamenta en estudios que tienen en cuenta sobre todo la cantidad posible. Sempere recurre a estudios serios, dignos de ser tenidos en cuenta, que él ha estudiado y asimilado durante años. Estudios que remiten al viejo núcleo del debate al respecto. Como la radiación solar llega a la Tierra en cantidades enormes, los cálculos sobre las magnitudes potenciales de su eventual reconversión para usos domésticos e industriales son casi siempre reconfortantes. El lado conflictivo es que no se trata solo de cantidad, sino también de concentración y acumulación, lo que mantiene la polémica abierta desde hace décadas. Creo que Quim Sempere está lejos de hacerse ilusiones simplistas al respecto, pues también conoce bien las razones de los escépticos. Asume la incertidumbre e incluso habla en ocasiones de la conveniencia de apostar, dada la ausencia de garantías.

A mi entender, el núcleo del asunto consiste en que el rendimiento energético del sector de producción de energía (en su conjunto) ha de ser relativamente elevado para mantener una civilización avanzada. Tal vez del orden de catorce o quince unidades de energía útil obtenidas por cada unidad consumida. Con menos de eso, sencillamente, ninguna sociedad podría permitirse el lujo de, por ejemplo, tener a la tercera parte de sus jóvenes adultos estudiando en universidades. En cambio, una proporción semejante de la población debería ocuparse en el sector primario, cultivando la tierra, criando ganado, pescando, extrayendo minerales en las minas o haciendo funcionar las centrales de producción de energía. Y los sonidos de alarma apuntan, sobre todo, a que esa frontera del 15:1 parece estar amenazada. La duda no afecta solo a las energías renovables, sino a todas las fuentes conocidas, también a la electricidad procedente de la fisión nuclear o al uso de combustibles fósiles no convencionales: bajo esta perspectiva, el problema no es esencialmente distinto para las centrales eólicas o para el gas obtenido mediante fracturación hidráulica o el petróleo extraído de arenas bituminosas. Hay mucha incertidumbre en todo esto, pero la hipótesis de un futuro energéticamente austero que maneja Sempere me parece algo más que plausible.

Así que, en mi opinión, el marco en que Quim Sempere encuadra el debate está bien ajustado. De entre los múltiples dilemas que se plantean a la humanidad para lo que resta del siglo XXI hay dos en los que se sintetizan muchos otros: La cuestión de si será posible (y cómo) sustituir los combustibles fósiles abundantes, concentrados y baratos que han mantenido a la civilización industrial en el siglo XX y la cuestión de cómo alimentar a una población mundial cercana a

16. SEMPERE, *Las cenizas...*, op. cit., pp. 112-113.

los diez mil millones. Cada una de esas cuestiones presenta complejidades intratables; la superposición de ambas constituye un cuello de botella angustiante.

## UN ECOSOCIALISMO QUE REHÚYE REFUGIARSE EN PRESUNTAS CERTEZAS

Concluiré insistiendo en lo que el libro de Sempere *no es*. No es una de las múltiples versiones del ecosocialismo que no pasan de ser simplificaciones chirriantes, que apenas si hacen algo más que repetir que el capitalismo es responsable de la crisis ecológica y que el socialismo se ocupará de solucionarla. Sin ni siquiera preguntarse seriamente por qué el balance ecológico del socialismo que realmente ha existido es tan penoso. Sempere está muy lejos de ese ecosocialismo vulgar. Queda claro, por ejemplo, cuando se lee su balance crítico del «período especial» cubano, de los años en que la interrupción del suministro de petróleo ruso impuso transitoriamente una forma muy peculiar de «sociedad poscarbono». Los comentarios del libro se distancian muy claramente de cualquier glorificación entusiasta de las respuestas del régimen cubano ante esa situación, rechazando las interpretaciones que las han presentado como una «muestra de ecologismo».

La madurez de la reflexión propuesta en el libro se detecta también en la conexión entre sus contenidos y algunas de las mejores versiones anteriores del igualitarismo social con conciencia ecológica. Así, la afirmación de que «la dialéctica entre Estado y autogestión es un aspecto de gran importancia para el socialismo»<sup>17</sup> conecta el desarrollo de las ideas de Sempere con las reflexiones de André Gorz sobre la necesidad de equilibrar las esferas de la autonomía y la heteronomía.<sup>18</sup> Aunque no me parece irrelevante el hecho de que Gorz situara estas reflexiones en un contexto específico de distanciamiento respecto del marxismo, no creo que eso quite sentido al paralelismo. Algo similar puede decirse respecto a las tesis de la «rueda de molino de la producción» de Allan Schnaiberg en lo que respecta a la dificultad de encajar el decrecimiento en un contexto capitalista.<sup>19</sup> Por vías como estas, el libro de Sempere conecta con lo más original y lo más creativo de las exploraciones intelectuales hasta ahora realizadas acerca de las conexiones entre la crisis ecológica y el igualitarismo social.

17. *Ibid.*, p. 177.

18. A. GORZ: *Capitalisme, socialisme, écologie: orientations, désorientations*, París, Galilée, 1991.

19. A. SCHNAIBERG: *The environment: From surplus to scarcity*, Oxford, Oxford University Press, 1980.

.....  
**ERNEST GARCIA** es catedrático de Sociología en la Universitat de València y fundador del Grupo de Investigación Interdisciplinar en Estudios sobre Sostenibilidad. Es autor, entre otros, de *Medio ambiente y sociedad. La civilización industrial y los límites del planeta* (Alianza).

## REFLEXIONES SOBRE LAS CENIZAS DE PROMETEO. RÉPLICA DE JOAQUIM SEMPERE A LA RESEÑA DE ERNEST GARCIA

Joaquim Sempere

En *Las cenizas de Prometeo* manejo significaciones demasiado convencionales de *capitalismo* y *socialismo* que –lo reconozco– deben revisarse a fondo, siguiendo el juicio de Ernest Garcia de que «para no dar pie a confusiones, sería conveniente introducir palabras completamente nuevas». Efectivamente, utilizo la palabra *capitalismo* sin ninguna referencia más precisa, lo cual se presta a la crítica de Ernest Garcia de que «la tesis de la imposibilidad de cualquier forma de capitalismo fuera de un contexto de crecimiento debería demostrarse y no simplemente darse por supuesta». Esta tesis suele estar presente en todas o casi todas las declaraciones ecosocialistas, y se sustenta en la dificultad para imaginar un capitalismo sin crecimiento. No soy capaz de «demostrar» la tesis de la imposibilidad de cualquier forma de capitalismo fuera de un contexto de crecimiento, que requiere conocimientos de economía e información que yo no tengo. Pero voy a hacer un esfuerzo analítico en busca de mayor pertinencia y claridad.

El capitalismo –el que ha existido en estos dos últimos siglos– se caracteriza por la propiedad privada de los medios de producción, que son en gran medida grandes medios de producción (o sus contrapartidas monetarias) muy concentrados en pocas manos; por el predominio de las relaciones mercantiles y la libertad de mercado; por la explotación de las personas trabajadoras (es decir, la transferencia de valor de quienes trabajan a quienes controlan las condiciones del trabajo), y la existencia de una minoría poseedora que se beneficia de esta explotación y acumula capital en sus manos; finalmente, por una dinámica acumuladora incesante que confiere a la economía un automatismo que escapa en gran medida a la decisión de los propios actores y se impone a ellos. La cuestión en litigio es si esta dinámica acumuladora de capital forma parte de la esencia del sistema. De hecho, hemos visto en muchas situaciones (crisis, guerras, recesiones, estancamiento...) que muchos capitales sobreviven como pueden, con tasas de ganancia muy bajas. Nada garantiza el funcionamiento óptimo en términos de *reproducción ampliada sin restricciones*, y los inversores particulares a veces han de conformarse –y aun si tienen suerte y no se arruinan– con una *reproducción simple* que les permite al menos conservar su capital. ¿Indica esto que el *capitalismo* puede sobrevivir sin crecimiento, sin acumulación creciente de capital?

Hasta ahora, y con la única salvedad de las revoluciones anticapitalistas triunfantes, los poseedores del gran capital y a la vez del poder sociopolítico, han logrado siempre, tras cada interrupción coyuntural, recuperar el control de las

condiciones de reproducción del capital e impulsar las que hayan de permitir tasas de ganancia lo más elevadas posibles. Pero no se puede excluir que en condiciones sociopolíticas excepcionales deban conformarse con tasas de ganancia subóptimas, y lo acepten. Esas condiciones excepcionales pueden coexistir con el poder sociopolítico de la oligarquía capitalista; pueden ser consecuencia de una guerra, una gran catástrofe, una carestía súbita y grave de energía u otras por el estilo. La historia ofrece múltiples ejemplos de ellas. Es imaginable que una sociedad plenamente capitalista se adapte a este tipo de excepcionalidades aceptando los detentadores del capital bajas tasas de ganancia y una economía sin crecimiento. Sería algo parecido a un «capitalismo sin crecimiento». Pero es difícilmente imaginable que una situación así se prolongue demasiado en el tiempo. La tendencia a la maximización del beneficio es demasiado fuerte: serían de esperar toda clase de esfuerzos de la oligarquía y sus representantes destinados a restablecer condiciones para una expansión. Y si los signos de una escasez irremediable de recursos naturales llegaran al mercado de manera inequívoca, los capitales buscarían (como parece haber ocurrido con la crisis de 2007) otras formas de mantener sus tasas de ganancias, como la extorsión creciente de las clases trabajadoras del país y de fuera y la sobreexplotación de los ecosistemas y los recursos en general. (Sin excluir, por supuesto, todas las tentativas para reemplazar los recursos crecientemente escasos por otros más abundantes o por recursos «artificiales» como los que puede proporcionar la *ciencia de los materiales*, así como la miniaturización de artefactos y otras innovaciones técnicas con potencial para capear la escasez, al menos durante un tiempo.) Esto es lo que, a mi entender, ha ocurrido una y otra vez en la historia del capitalismo realmente existente: un capitalismo «de estado estacionario» ha existido ocasionalmente durante períodos acotados, pero agitado desde su interior por fuerzas poderosas tendientes a recobrar elevadas tasas de ganancia y de crecimiento –si hace falta en el negocio financiero o buscando otras fórmulas. ¿Basta esta constatación para aceptar la posibilidad de un capitalismo sin crecimiento?

A mi entender, este «capitalismo sin crecimiento» es poco plausible en un mundo como el actual donde la derecha está agresivamente a la ofensiva. En el Brasil de Bolsonaro, ministros del gobierno y grandes empresarios están anunciando ya el descuartizamiento de la Amazonia; Trump sigue negando el cambio climático, etc. De momento, los grandes poderes del mundo parecen convencidos de poder mantener altas tasas de ganancia en detrimento del medio ambiente y el bienestar de la gente.

Las formas de mantener las ganancias mediante la extorsión y la sobreexplotación tienen el coste de acentuar la conflictividad social y el deterioro ecológico. No parece que una fórmula así tuviese demasiado futuro. Un «capitalismo sin crecimiento» parece posible solo como fase inestable y transitoria. Y tendría como trasfondo la voluntad de la minoría oligárquica de conservar sus privilegios, que podría desembocar en fórmulas no propiamente capitalistas, no de

capitalismo de libre mercado, sino de un tipo nuevo. Igual como en el siglo XX los fascismos organizaron la economía mediante instituciones y prácticas intervencionistas sometidas al poder político estatal, podrían aparecer *ecofascismos* que administraran la escasez autoritariamente en beneficio de la elite en el poder *superando* el capitalismo de libre mercado. Las minorías privilegiadas tienen una gran versatilidad para conservar sus privilegios, aunque se hundan las estructuras: véase con qué rapidez los burócratas soviéticos se transmutaron en hombres de negocio capitalistas al hundirse el régimen.

Si en lugar de un sólido poder oligárquico se instaurara un poder político distinto, «democrático», «popular» o «socialista», liberado de la compulsión automática al crecimiento, las cosas podrían funcionar de otra manera. Estoy pensando en un poder que respondiera a criterios igualitarios y aceptara las constricciones ecológicas ineludibles. Podemos hacer un juego imaginativo en esta línea. Pero debemos ser conscientes de las dificultades y obstáculos de una tal salida. Para que se impusiera una salida de este tipo haría falta no solo romper la resistencia de los privilegiados –que no suelen andarse con chiquitas para defender «lo suyo»–, con una fuerte voluntad igualitaria en la población, sino también abandonar masivamente las expectativas consumistas que impregnan la conciencia no de millones, sino de miles de millones de personas en el mundo, que durante un siglo se han socializado con la convicción de que el estilo de vida occidental es generalizable a toda la población mundial. Esto vale tanto para la minoría mundial que ha gozado y goza de las ventajas de la civilización material moderna, como para la inmensa mayoría de los pobres y parias de la Tierra que han vivido y viven estas ventajas como un deseo alcanzable.

Por estas razones y otras, la constitución de un bloque social capaz de tirar adelante un proyecto de reconversión ecológica igualitaria es, a corto o medio plazo, una quimera. La hegemonía ultraliberal es demasiado aplastante todavía para que quepa imaginar una salida opuesta tan radical. Aceptando una hipótesis muy optimista, parece más plausible que, suponiendo que avance suficientemente la conciencia ecológica igualitaria, o *ecosocialista*, un escenario viable fuera una etapa de transición en que colaboraran los partidarios del ecosocialismo con los sectores del empresariado menos ideologizados para emprender una transición ecológica con una amplia aceptación ciudadana. Cabe imaginar, en esta hipótesis, lo que se llama *Green New Deal*, un régimen interclasista capaz de defender los derechos sociales de la población trabajadora y otros objetivos *sociales*, a la vez que limitar el uso de recursos naturales mediante regulaciones, racionamiento e inversiones públicas potentes (ligadas a una fiscalidad dura sobre la gran propiedad). Un poder político con estos rasgos podría tal vez imponerse en un clima generalizado de alarma –alarma climática o energética– vivido como emergencia social que obliga a toda la sociedad a colaborar, como en caso de guerra. Un poder político así podría tener rasgos «ecosocialistas» (un cierto igualitarismo, mecanismos redistributivos, intervencionismo de Estado, control administrativo

de los recursos...). Podría considerar razonable mantener un sector privado fuerte; no desaprovechar la capacidad empresarial de muchos capitalistas, que suele resultar más eficaz que la acción de funcionarios públicos ineptos. Imaginemos que durante etapas más o menos largas funcione un régimen así, de colaboración de clases, con voluntad y fuerza suficiente para imponer una economía estacionaria de reproducción simple. ¿Sería esto «capitalismo (verde) sin crecimiento»? ¿O quizás un «socialismo sin crecimiento» en ciernes?

En toda sociedad moderna hay rasgos estructurales que pueden caracterizarse como «capitalistas» o «socialistas». Pero no suelen manifestarse en estado puro, sino mezclados con otras muchas realidades: tamaños diversos de la propiedad privada, formas diversas de la propiedad pública, intervención estatal que regula el mercado, reglamentaciones públicas para proteger la salud, el medio ambiente y otros bienes comunes, interacciones e intercambios fuera del mercado (como las prestaciones del estado del bienestar o las actividades domésticas, de cuidados y otras), etc. Estos rasgos añadidos confirman, para los regímenes de propiedad privada, la observación hecha por Polanyi a mediados del siglo XX de que un capitalismo puro no podría funcionar porque se autodestruiría. La idea de una sociedad que funcionara como mercado autorregulado sin requerir intervenciones deliberadas es, según este autor, una abstracción pura que no puede existir en la vida real. En el siglo XX, en efecto, el capitalismo ha funcionado, según las épocas y los países, con intervención pública intensa (para hacer la guerra, desarrollar grandes infraestructuras, colonizar países, etc.) o sin ella; con fiscalidad muy variable; con mayores o menores mecanismos de redistribución y protección social; con regulaciones muy variopintas. Algunos de los mecanismos mencionados se pueden interpretar como elementos de socialismo. Así, por ejemplo, el estado del bienestar que suministra escolaridad, atención sanitaria y protección social de manera más o menos equitativa a la población funciona según un esquema «socialista»: reúne recursos vía impuestos y cotizaciones y los redistribuye en función de necesidades y derechos. Es decir, reparte las prestaciones no según las reglas del mercado (pagando por ellas), sino en virtud de derechos sociopolíticos de la ciudadanía que se beneficia de ellas. Algo parecido puede decirse de otras prestaciones que se distribuyen en virtud de derechos y no de pago en dinero, como las ayudas a zonas catastróficas, el rescate de empresas y bancos y tantas otras. Nadie duda de que las sociedades europeas de posguerra se puedan caracterizar como «capitalistas» aunque contengan mecanismos e instituciones importantes que no responden a ninguna «lógica capitalista». Lo determinante para poder hablar de capitalismo sería que la lógica capitalista fuera la preponderante y marcara las grandes tendencias.

¿Puede decirse lo mismo del socialismo? A la idea de «socialismo» corresponde la confluencia de una serie de rasgos. Se ha aplicado este término a sociedades con propiedad no privada (estatal o de otras instituciones públicas), planificación de la economía y reparto del producto social no según criterios mercantiles

(el supuesto valor de la fuerza de trabajo) sino según criterios políticos. En estas sociedades no ha existido el automatismo de la acumulación capitalista: las inversiones no han estado en principio condicionadas a una maximización de los beneficios, sino a finalidades sociales deliberadamente determinadas por las autoridades económicas –aunque la competencia económica y militar con otros países, capitalistas y más desarrollados, introdujo fuertes presiones maximizadoras. Podría construirse –por supuesto con la experiencia de más de un siglo de tentativas diversas– una definición-tipo del socialismo moderno con los rasgos siguientes: igualdad (en el poder y el reparto del producto social), ayuda mutua, planificación coexistiendo con el mercado, la libertad individual coexistiendo con las libertades civiles (descartando sociedades-hormiguero alejadas del ideal libertario) y metabolismo sostenible con la naturaleza.

Ernest Garcia lleva razón cuando recuerda que tanto las economías consideradas capitalistas como las consideradas socialistas del siglo XX han coincidido en sus dinámicas con «fases expansivas», lo cual explicaría muchas de sus semejanzas. ¿Qué se puede esperar en fases «descendentes», obligadas a funcionar con menos energía y menos recursos? Se puede conjeturar que hay unas «lógicas» distintas de carácter capitalista y socialista, respectivamente, y que la lógica maximizadora capitalista es funcional para las fases expansivas, pero no para las fases descendentes. Y a la vez que la lógica socialista se adapta mejor a fases descendentes o estacionarias porque se basa en la «economía de las necesidades», no maximizadora. Pero al mismo tiempo sabemos por las experiencias socialistas del siglo XX que para que esta lógica se abra paso hace falta una reforma cultural radical en materia de valores y prioridades y de relación con la naturaleza.

A partir de este intento de clarificación conceptual, me parece útil emplear los términos *capitalismo* y *socialismo* más como tipos ideales que como conceptos descriptivos. Esto significa que el capitalismo no existe, ni ha existido nunca, en estado puro, sino mezclado con rasgos que modifican el concepto puro, el *tipo ideal*. Las modulaciones del modelo puro son resultado de acciones individuales y colectivas, a menudo inspiradas en principios socialistas y ambientalistas antagónicos al propio modelo, o que interfieren en su funcionamiento «ideal». La realidad tangible, pues, no se puede reducir al esquematismo de los tipos ideales: es el resultado combinado de factores estructurales y acción social de sujetos imbuidos de valores plurales y a veces antagónicos con esos factores estructurales.

Otro dato importante es lo que he llamado *capitalismo rojo*. La China decidió hace tres décadas –Vietnam siguió después– que lo importante era «desarrollar las fuerzas productivas», siguiendo los manuales marxistas al uso. Como el comunismo maoísta había fracasado en el intento, la opción fue adoptar las formas e instituciones del capitalismo (propiedad privada, mercado), aun manteniendo un poder político autoritario de partido único. Con esta política, propia de una «fase expansiva», la China ha sacado a cientos de millones de personas de la pobreza y ha creado una base industrial y científico-técnica a la altura de los paí-



ses capitalistas más desarrollados. Y este logro, que es indiscutible y no se debe minimizar, es un modelo para el mundo entero. No es razonable pensar a corto plazo en plantear una «alternativa socialista» a esta realidad. Lo que, si acaso, podemos anticipar es que este desarrollo galopante no solo de China y Vietnam, sino de otros países emergentes que están siguiendo sus pasos, probablemente acelerará el choque con los límites del planeta, generando situaciones de grave tensión en muchos rincones del mundo, que pueden desembocar en toda clase de salidas, muchas de ellas desastrosas, sobre todo para los sectores más débiles y vulnerables. Pero es prácticamente imposible evitarlo: chinos, vietnamitas y *tutti quanti* van a hacer valer su experiencia caiga quien caiga. Las lecciones, si acaso, se sacarán después. Estas situaciones son tan imprevisibles que puede ocurrir que las anteriores reflexiones sobre capitalismo y socialismo queden en especulaciones académicas vacuas, frente al posible hundimiento de toda vida civilizada.

Si hay algún espacio, en el futuro, para algo que merezca el nombre de *socialismo*, será sin duda bajo unos parámetros distintos de los marxistas. Ante todo, no podrá construirse nada sin una profunda mutación metabólica que organice las sociedades humanas según coordenadas ecológicamente sostenibles. En un marco así, es más probable que prevalezca la pequeña escala sobre la grande; la pequeña producción agroalimentaria e industrial –si acaso con fórmulas cooperativas añadidas–, sobre la gran industria y las grandes explotaciones agropecuarias (aunque haya que organizar también la industria tecnológica de punta); la proximidad y no el mercado mundial. La comunidad local –con un elevado nivel de autosuficiencia agroalimentaria y energética– tendrá probablemente un papel destacado en la resiliencia del conjunto social. Eso sí: si las sociedades futuras pueden y quieren conservar las maravillosas mejoras obtenidas en las técnicas sanitarias, farmacéuticas, en materia de transporte y comunicación, deberán organizar también las condiciones que hagan posible una investigación de punta y unas fábricas *futuristas* capaces de traducir la innovación en artefactos al alcance de la gente: para la telefonía e internet, los captadores modernos de energías renovables, la electrónica, la química farmacéutica, los sofisticados aparatos usados en la medicina moderna, etc.

El futuro tal vez se parecerá más a un conglomerado de comunidades agrarias muy parecidas a las arcaicas reforzadas con mejoras médico-sanitarias, telefonía e internet (con el correspondiente sistema de investigación y aplicación científico-técnica), que a los sueños de ciencia-ficción de coches voladores y conquista del espacio basados en la sobreabundancia de energía. Ya hoy algunos países como Mongolia –que conserva una base ganadera tradicional– ofrecen una interesante combinación de ambos mundos, tradición y alta tecnología.

Este futuro, no hace falta insistir en ello, está lleno de interrogantes. No sabemos si será posible mantener una estructura dual estable en que coexistan comunidades agrarias muy pegadas a la tierra con enclaves urbano-industriales

dotados de instituciones de investigación avanzada y de industrias de punta, como parece deseable.

El futuro no ofrece ninguna garantía de equidad, de sostenibilidad ambiental y ni siquiera de supervivencia. Será, según como vaya decantándose en función de la acción humana. Tal vez una estructura dual como la recién mencionada, que *a priori* parece una buena combinación, resultaría inestable y podría desembocar, por ejemplo, en conflicto y dominación del sector industrial moderno sobre el sector agrario productor de alimentos, una nueva dominación del campo por la ciudad. O en fórmulas mafiosas o refeudalizadoras en caso de colapsar las estructuras estatales. Si queremos influir a favor de un futuro igualitario, solidario y amigo de la naturaleza, el único consejo razonable es acreditar los valores que apuntalen un futuro así y trabajar desde ahora mismo para hacerlo avanzar en la realidad que nos rodea. Dejémonos de grandes ideales diseñados con todo detalle: un socialismo plausible avanzará seguramente por tanteo, experimentación y ensayo y error bajo la guía de *principios* ético-políticos ampliamente compartidos.

.....  
**JOAQUIM SEMPÈRE** (Barcelona, 1941) es doctor en Filosofía por la Universidad de Barcelona y licenciado en Sociología por la Universidad de París-X. Ha sido profesor de Sociología en la Universidad de Barcelona, especializado en temas de medio ambiente y en investigaciones sobre las necesidades humanas y sobre el papel de la ciencia y los expertos en los conflictos socioecológicos.